

nar Viejo, a la que no llega la actual conducción y elevación, y asimismo para el suministro a las barriadas de trescientas sesenta y ocho casas protegidas y para las agrupaciones de villas económicas para la clase media.

Finalmente, como proyectos últimamente formulados, hemos de citar los de Fuente el Saz, Cerceda, Cubas y ampliación del de Guadalix de la Sierra, proyectos éstos cuya redacción hubo de supeditarse a la previa realización de los trabajos de captación y alumbramiento de agua, cuya posibilidad de obtención y cuantía de caudales no era posible fijar de antemano. Hoy día, terminadas las obras de captación que durante el verano y otoño último se han llevado a cabo y logrados los caudales necesarios, dichos proyectos próximamente serán puestos en ejecución, y como los plazos para la realización de las obras en ningún caso sobrepasan de ocho meses, permiten abrigar la esperanza de que todos sean puestos en servicio, dentro del naciente año de 1956, e igualmente el del pueblo de Arroyomolinos, cuyo proyecto se encuentra en período de redacción, y algunos otros más que dejo de mencionar para no abusar de vuestra atención.

He de referirme también, aun cuando muy abreviadamente, a la construcción de líneas eléctricas con destino a los pueblos carentes de tan importante servicio, que actualmente se encuentran en ejecución, para los pueblos de El Molar, Pedrezuela, El Vellón, El Espartal, Piñuécar, Madarcos, Robregordo y La Acebeda; estos dos últimos están ya dando servicio.

En resumen, que de 183 pueblos que tiene la provincia de Madrid, y a virtud de obras ejecutadas en años anteriores por Organismos estatales y por la propia Diputación Provincial, quedaban en junio del año pasado 122 pueblos que demandaban nuestra especial atención en lo que se refiere a abastecimiento de aguas o líneas eléctricas, y puedo decir con singular complacencia que desde junio a diciembre del pasado año, es decir, en seis meses, se han hecho obras (algunas ya terminadas) y proyectos que afec-

tan a más de 40 pueblos. Buena prueba de ello es que la cantidad consignada a estos efectos en el año 1955 fué de 22.400.000 pesetas, y entre lo proyectado y construído se ha llegado a los 28.500.000 pesetas; es decir, nos hemos sobrepasado en algo más de seis millones de pesetas, que se abonarán, claro es, con cargo a este año 1956.

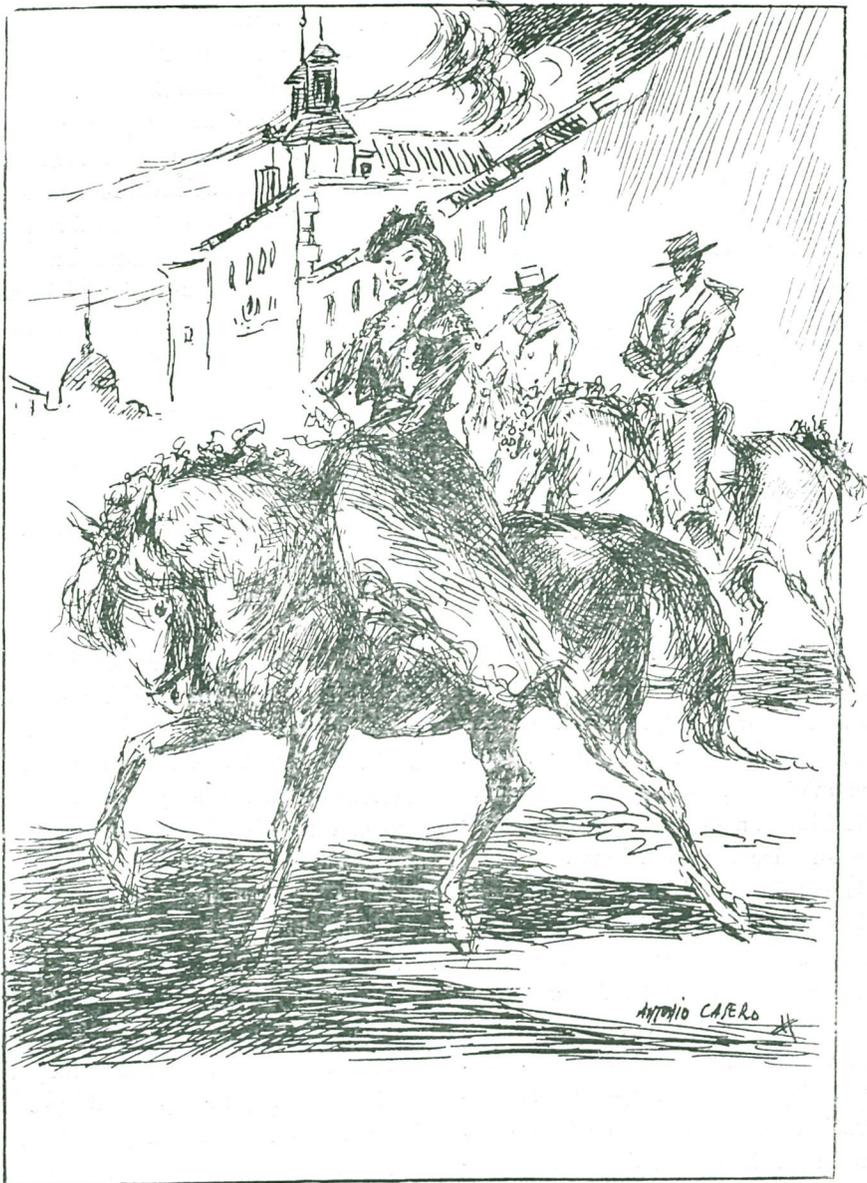
Son estas últimas palabras más necesariamente optimistas. La provincia de Madrid, la bella ignorada, va a transformarse, va a ponerse a tenor de los tiempos, saltar por encima del abandono de los años y cubrir con diligencia y premura todas esas necesidades que hasta ahora estaban sin cubrir. La Diputación cuenta para ello con un Cuerpo técnico y administrativo plenamente capacitado, los que sin duda han de acertar en su cometido, porque así lo avala su preparación. Cuenta además con equipo político (satisfáceme hacer este público elogio, por ser de justicia, a mis colaboradores), compenetrados con su misión y dispuestos a dar cima a los más difíciles propósitos. La Diputación, en cumplimiento de lo dispuesto por la nueva Legislación de Administración Local, tiene ya redactado el Plan Bienal de obras. ¿Qué se ha de realizar durante este período? He aquí una ligera enunciación que bien fundamenta mi alegre esperanza:

1.º Dentro de los pocos meses que faltan para llegar la primavera, no quedará pueblo alguno (con núcleo urbano mayor de 35 vecinos) sin camino que lo comunique debidamente. Estamos terminando el último trozo del último camino del último pueblo que quedara sin comunicar: El Atazar.

2.º En un plazo que no llegará a dos años, pueden tener todos los pueblos de la provincia alumbrado eléctrico (en condiciones mejores o peores, pero al menos normales).

3.º En menos de tres bienios han de quedar estudiados (construídos en su mayoría y en trance de realización los restantes) los abastecimientos de agua a todos los pueblos de mi provincia de menos de 20.000 habitantes, que son los que, por imperativo de la Ley, corresponde atender a la Diputación.





LA ROMERIA DE SAN ANTON

Breve glosa de una devoción popular

Nos honramos publicando el pregón pronunciado por el Presidente de la Diputación, señor Marqués de la Valdivia, con motivo de la Fiesta de San Antón, en razón a su interés, amenidad y madrileñismo.

DE nuevo nos encontramos hoy en la víspera del día de San Antón, y una vez más la Asociación de Antiguos Alumnos de este Centro de Enseñanza (poniendo de manifiesto esa alta condición humana del agradecimiento hacia el Colegio donde tantos recibieron y reciben, junto a la luz para sus inteligencias, la gran lección de la bondad de corazón, y que cuenta entre sus méritos el de educar cristiana y pedagógicamente a las cla-

ses modestas) se dispone a celebrar, después del solemne novenario, la festividad de su Santo Patrono, con esa manifestación de colorido y de tipismo que, unida a fervorosas funciones religiosas, significa desde hace tiempo en Madrid el día 17 de enero.

Y esta Asociación, que preside mi querido amigo Alonso Orduña, y que otros años ha hecho desfilar por esta tribuna a personalidades destacadas de Madrid, ha ele-

gido ahora a este madrileño de nacimiento y de corazón, que ha tenido siempre a gala y a orgullo su auténtica convivencia con todo lo que Madrid representa. Este es el único título que yo puedo alegar al presentarme hoy ante vosotros, y al agradecer a los que me han elegido el honor que para mí supone hablarlos. Porque podéis perder mucho en relación con las charlas que otros años escuchasteis para abrir las fiestas conmemorativas del Santo. Pero estoy seguro —y esto puedo decirlo sin sombra de vanidad— que en lo que nadie puede aventajarme ni me superará en el futuro es en sentir a Madrid, en querer a Madrid y en estar real y entrañablemente penetrado con lo que la provincia madrileña y la capital de España significan para todos.

Es difícil, por no decir imposible, que, al hacer la glosa de lo que la fiesta ha representado y representa, no se repita o se insista en lo que tantas veces se ha dicho sobre ella. Pero en honor del Santo nos reunimos aquí, en alabanza suya se celebra esta velada, y es necesario, por tanto, —aun a riesgo de repeticiones— hablar del Santo y de su fecha, del bullicioso tipismo con que se celebra, y recordar un poco la historia de lo que, a lo largo de los años, ha significado esta romería de San Antón, que ha terminado por calar tan hondo en el calendario de las más famosas festividades madrileñas, y que ha compartido, desde antiguo, con aquellas otras tan profundamente arraigadas como la de San Blas, las de San Isidro y Santa María de la Cabeza, la de Santiago el Verde o la de San Eugenio, el favor y la prestancia de sus más pintorescas romerías populares de hace tres siglos, de las que sólo ésta que mañana va a celebrarse, con la del Santo Patrono de Madrid, han llegado hasta nosotros manteniendo casi intacto su carácter tradicional.

Desde muy antiguo, la conmemoración del glorioso cenobita egipcio se ha unido a la idea de su amor y su protección a los animales, cuyo patronazgo comparte en la Iglesia católica con San Francisco de Asís. Amor y protección que, de una manera tan continuada, puso de manifiesto durante su larga vida en el retiro ermitaño. Así, desde siempre, junto al símbolo del fuego —que recuerda el milagro de la curación de lo que se llamó «fuego sagrado»— ha aparecido en las imágenes del Santo, ocupando puesto de atributo principal y significativo, la figura del cerdo, acaso representativa de su lucha victoriosa contra las tentaciones —¡ejemplo magnífico para este mundo nuestro en que los acosados sucumben con tanta frecuencia sin combate!—, pero acaso también expresión de esa debilidad suya hacia las pobres bestias de Nuestro Señor, simbolizada en la más humilde y la más despreciada: en ese cerdo tan denigrado, en cuyo desagravio ha sonado de nuevo en estos días la voz de mi ilustre amigo el Dr. Marañón recordándonos humorísticamente que este animal «que puede entrar en el templo de la ciencia conducido por un médico, después de haber entrado en las Iglesias conducido por un Santo», ha salvado más vidas que la penicilina.

Sea como sea, es lo cierto que, cuando en el siglo diecisiete, en la Corte bulliciosa y bullanguera de los últimos Felipes austríacos, se inicia, como consecuencia de una larga serie de costumbres y tradiciones madrileñas, la animada conmemoración de la festividad de San Antonio Abad, el cerdo pasa a ser el centro de la fiesta, y

la algarazara tiene su punto más alto en aquella famosa ceremonia de la proclamación del «rey de los cochinos» y del «rey de los porqueros», que había de disfrutar durante todo el año su alta categoría, decidida por la suerte entre los jóvenes pastores de las pjaras. La fiesta no se celebraba entonces, como ahora, en el centro de la ciudad, sino en sus alrededores, en la ermita situada junto al cerro de San Blas y bajo la advocación de este Santo, allá por el moderno Paseo de Atocha, donde hoy se alza el Observatorio Astronómico. Desde allí, decidido ya el nombre del «rey de los porqueros» y adjudicado el título de «cerdo-rey» tras una carrera de los ejemplares engalanados hacia el acicate de una artesa de pienso situada a la puerta de la ermita, se dirigían los nuevos soberanos y su ruidosa corte —entre un fragor de cencerros, de cuernos, de sartenes y de tambores— hacia la vieja ermita de San Antón, que se levantaba en aquellos días donde ahora la estatua del Ángel Caído, en el actual Retiro. El «rey de los porqueros», disfrazado burdamente de San Antón, con un báculo y una campanilla por insignias, iba en triunfo, caballero sobre el burro más viejo, precedido por un grupo de mozos del pueblo montados en asnos encintados y por los restantes porqueros. Al llegar a la ermita se procedía a la solemne proclamación del porquero-monarca, y los cortesanos pedían a los religiosos, en nombre de su rey, la bendición para la cebada y el pan, alimento de los componentes de la caravana. Los religiosos daban la bendición solicitada, imponiendo a los panes la cruz del Santo. Son éstos, la cebada y el pan benditos, que van a ser, desde entonces, las dos expresiones más típicas y más notables de la fiesta, convertido el último en los célebres «panecillos del Santo», que han venido a constituir la golosina obligada del jolgorio, ya hecha tradición a través de la intervención oportunista de los pasteleros de la Corte. Y una vez distribuidas las viandas por el flamante rey a su acompañamiento, la comitiva regresaba, tan ruidosamente como había venido, al cerro de San Blas, donde proseguía la diversión, el banquete y el baile hasta muy entrada la noche.

El sabor ingenuo y candoroso de la primitiva fiesta fué perdiéndose poco a poco hasta degenerar en mascarada de mal tono, salpicada de bromas gruesas y de excesos intolerables. No era el del Madrid del diecisiete, ciertamente, el clima más propicio para conservar la limpieza de las grandes reuniones populares. Y lo que en principio había sido diversión honesta, fué despojándose cada vez más de este matiz, hasta venir a caer en un bárbaro desenfreno, que justificó el despectivo juicio de nuestros costumbristas y obligó a la intervención enérgica de los corregidores de la época, que decidieron por varias veces su más terminante prohibición, por considerarla «irreverente para el culto del Santo y ofensiva a la Majestad del Rey».

Pero, a pesar de todo, la tradición había quedado hondamente arraigada en el alma del pueblo madrileño, y la romería de San Antón había logrado ya arrebatarse a la famosa de San Blas el honor de iniciar los festejos del año. Y así, a finales del siglo XVIII, perdiendo ya su aire un poco bárbaro, renace la romería con el sentido que ha conservado hasta el presente, coincidiendo con la cesión por Carlos IV a los Padres Escolapios del convento levantado sobre las ruinas del que fué edificio de la vieja Or-

den Antoniana, en la calle de Hortaleza. Pierde ya, desde entonces, el cerdo, su puesto preeminente de señor y animador de la fiesta. Son ya, fundamentalmente, los animales de labranza los que acuden en busca de la bendición del Santo, y son los carreteros y los caleseros los que le rinden su homenaje. La invocación pagana que impregnó, más o menos, toda la época anterior, cede su puesto a la de la nobleza del trabajo; y al puerco evangélico, con todo su cortejo de pecados mortales, le sustituye el humilde y sencillo compañero del trabajo del hombre. Bien podemos decir que el sudor y el sol de las faenas del campo han limpiado el regusto de bacanal de los banquetes nocturnos del cerro de San Blas. Y un aire de gracia y de buen tono barre de la fiesta todo lo que debía perderse, conservando y acentuando lo que tiene de pintoresco y de inclinación del espíritu hacia los animales del Señor, para los que va a pedirse la bendición. Desde esta fecha nace en realidad la moderna romería de las «vueltas de San Antón», con su itinerario casi idéntico al de hoy, que nos relatan los cronistas de la época; con sus cabalgatas de animales enjaezados, que llevan sobre sus lomos los sacos de cebada bendecida en el ventanal del convento destinada a protegerles durante el año; y con su cortejo de piropos y galanterías, tan dentro del tono general del Madrid de entonces, por el que ha pasado ya el soplo fino y mesurado del siglo XVIII.

Y este tono va acentuándose por los años amables del diecinueve hasta culminar en la época que recorre el primer tercio del siglo veinte, en que Madrid comienza a adquirir su prestancia de gran capital a la europea, sin perder un adarme de su señorío castizo, alegre y cordial, todo brazos abiertos y palabra ingeniosa y oportuna. La romería de San Antón es entonces la ocasión bulliciosa en que el pueblo de Madrid se reúne, en un marco lleno de colorido, de ventanas y balcones colgados, arracimados de curiosos, para presenciar la abigarrada cabalgata o participar en ella, rivalizando en el buen gusto y el primor del adorno o en el alarde majo de los caballistas, y haciendo de los famosos «panecillos del Santo» el pretexto galante del obsequio a las damas. Allí están las figuras conocidas del Madrid del momento: el aristócrata, el político famoso o el torero de moda. Desde el gran señor con su espléndido caballo de raza, con las crines trenzadas y la cola sujeta con cintas de colores, hasta el trapero humilde, con su borriquillo peludo y pequeño; unidos todos en la convivencia de unas horas ingenuas, en un alarde ejemplar de fraternidad, por encima de todas las barreras y de todas las distancias. Son los días de los galgos corredores de Medinaceli y de la aparición a media tarde de los ejemplares de las Caballerizas Reales, con sus magníficos atalajes, conducidos por espoliques de la Casa Real. Aquel tiempo en que la Infanta Isabel —siempre es necesaria e inevitable su evocación emocional cuando de festejos populares se trata— aparecía en milord descubierto, en medio de su pueblo, a compartir su alegría, y recibía allí el homenaje de los castizos y de los romeros o los memoriales y las súplicas de los pedigüños que aprovechaban su presencia campechana y augusta para echar a sus pies la llamada a su caridad nunca desmentida.

Pero todo esto desaparece y se eclipsa al cumplirse los primeros treinta años de nuestro siglo. La romería sufre

un segundo paréntesis de suspensión. No es, como la de antaño, obligada por el giro de orgía de la fiesta. Lo que molesta ahora a los rectores de la época desgraciada de España que se abre en 1931, es el tono de señorío compartido que la había hecho imborrable. En el Madrid que va empezando ya a adquirir un gesto extraño y hosco, estorba la sana explosión gozosa del pueblo en busca de la bendición de un Santo ermitaño para la cebada de los animales. En ese Madrid falso de los años tristes no hay sitio ya para la ternura desbordada. Durante casi un decenio, el 17 de enero están desiertas las «vueltas de San Antón», y cada nuevo año se queda sin el bautismo de su primera romería.

Hasta que, al fin, tras muchos meses de angustia, un día de la primavera de 1939, los soldados de Franco devuelven a Madrid el garbo y la sonrisa. Con ellos retorna, colgado a sus banderas vencedoras, todo lo que parecía definitivamente perdido. Lentamente comienza entonces la obra de restauración de las tradiciones abandonadas. Y a la fisonomía completa de Madrid, de este Madrid que llevamos tan dentro, le faltaba la gracia de su día de San Antón. Tuve el honor y la alegría de poder contribuir en ese momento, con todo mi entusiasmo, al resurgir de esta fiesta que, una vez más, va a celebrarse mañana. Desde aquel año 1942, ininterrumpidamente, los madrileños han podido otra vez recorrer el itinerario de sus «vueltas de San Antón».

El perfil de la Villa, es verdad, se había acomodado a las nuevas exigencias de la vida, marcadas por la huella de lo moderno. El ritmo sosegado de la existencia había sido sustituido por la prisa, por la trepidación, por el culto a la velocidad. El motor vencía en todas partes al caballo, noble señor del sosiego, compañero del trabajo y del paseo. En el campo, era el tractor el que le destronaba; en la ciudad, el automóvil. Se iban haciendo ya casi poética leyenda la pareja de mulas o de bueyes uncidos, arrastrando el arado, el coche majestuoso y prócer de los troncos magníficos y el simón lento de los paseos callejeros. Incluso las dos cosas más serias de la vida —el amor y la muerte— fueron avasalladas por su irrupción: la mujer comenzó a sentarse a la grupa incómoda y metálica de la motocicleta, y el caminar de los humanos hasta su última morada perdió el tranquilo paso de los solemnes caballos empenachados. Pero, a pesar de todo, en medio del moderno frenesí de lo motorizado, el día de San Antón sigue poniendo en Madrid como un islote de recuerdo nostálgico a los animales pacíficos. El bullicio jaranero del pueblo rodea, como siempre, en este día simbólico, a los coches bellamente adornados, a las reatas de mulas enjaezadas, a los animales de labranza, a los caballos de tiro y silla, a los borriquillos engalanados, vestidos de domingo, o a los animales domésticos de todas clases —los grandes perros de guardería, tan necesarios en el campo; los perrillos de capricho o de lujo; los gatos; los pájaros, e incluso, alguna vez, hasta los monumentales elefantes—, que ponen su nota inesperada en la comitiva, a la que prestan su colaboración entusiasta las unidades montadas del Ejército, y a la que da visibilidad ese escuadrón de la Guardia de Su Excelencia el Jefe del Estado, cedido año tras año para llenar de gallardía y de colorido la luminosa algarabía de la fiesta. La cabalgata tradicional se une a las solemnes festividad-

des religiosas que, celebradas hoy en la iglesia de San Antón, vienen a continuar las que comenzaron celebrándose en la de El Salvador; y se instituyen Jurados para adjudicar los premios a los ejemplares que más se distinguen dentro de las diversas especies concurrentes. Y todo ello acompañado siempre del recuerdo constante a los más humildes, con reparto de bonos a los necesitados; porque la caridad y el recuerdo a los hermanos que sufren van unidos siempre, en el alma grande de nuestro Madrid, a todas las manifestaciones de su sano y alegre esparcimiento. Que no en balde el austero ermitaño, cuya imagen preside la fiesta desde el altar instalado en una de las ventanas del templo de los Padres Escolapios —donde un sacerdote pasa el día dando la bendición a los animales y a su alimento—, fué el gran amador de todos los seras sencillos y, por ello y con mucha más razón, de los tristes y los desamparados.

No quiero ser más largo. Conste mi gratitud al Concejo madrileño por mantener esta fiesta y, especialmente, al Teniente de Alcalde de este distrito, señor Soler, continuador, como antes los señores Gistáu y Alonso de Celis, de una bella tradición madrileña, así como a los Padres Escolapios y a la Asociación de Antiguos Alumnos, por todas sus deferencias hacia mí. Y basten estas palabras, en las que he querido poner todo mi amor a Madrid y a la cosas de Madrid, para pregonar a los cuatro vientos de la Villa que mañana es el día en que los madrileños —fieles a su tradición de siglos— abren la serie de sus festejos populares de este año 1956. Que el Santo bendiga mañana, una vez más, a Madrid entero y a todos los que le llevamos en el corazón.

MARIANO OSSORIO AREVALO

Marqués de la Valdavia.



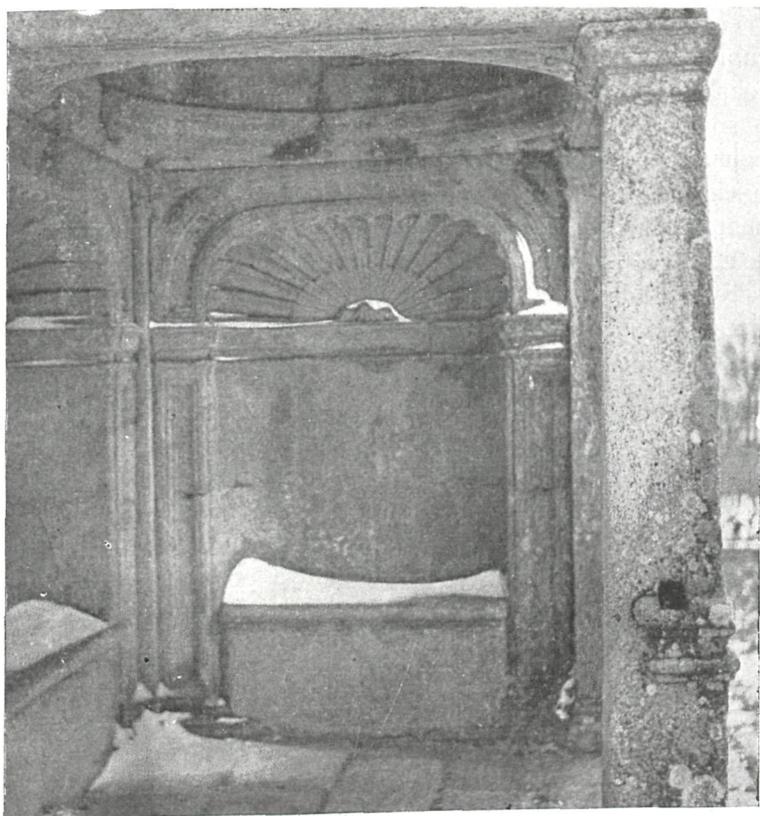


CADALSO DE LOS VIDRIOS, VILLA HISTORICA Y AZORINIANA

DENTRO del mosaico histórico y geográfico que presenta la provincia de Madrid, Cadalso de los Vidrios ocupa un lugar muy destacado. Madrid,

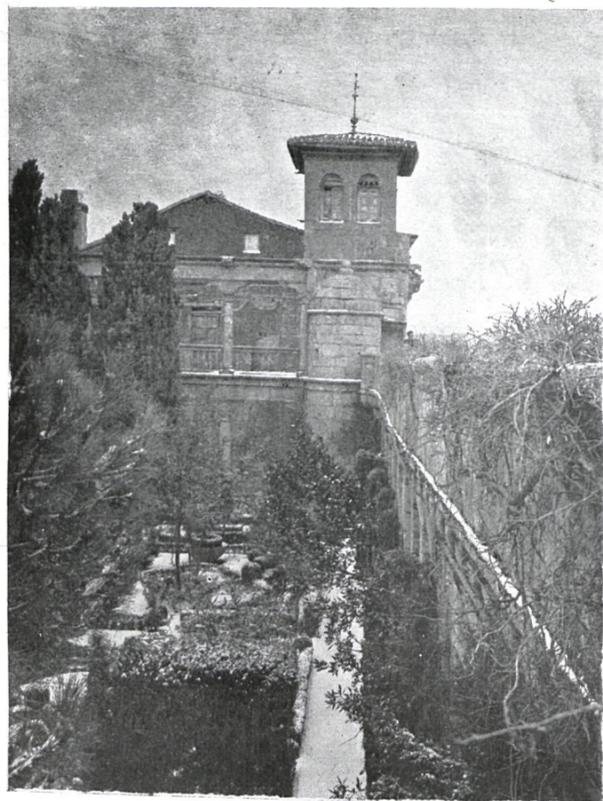
que hasta el ejercicio del Marqués de la Valdavia parecía no tener su provincia —tan ilustre prócer ha sido su auténtico descubridor—, atesora en sus límites regionales una riqueza histórica que hace también de su provincia una verdadera capital de cada uno de sus pueblos. Si el término extensión lo reducimos a la dimensión, incommensurable, de la belleza, la provincia de Madrid es capital; si la densidad de población la valoramos por la calidad humana —moral y espiritual— de sus gentes, la provincia de Madrid es capital; si la ascendencia histórica la tomamos al pie de la letra, de las ilustres letras que han llenado páginas y más páginas con el relato de gestas y gestos heroicos, la provincia de Madrid es capital... Sea enhorabuena bienvenida esta revalorización de la provincia de la capital de España, debida a un caballero español que, precisamente por eso, por ser gran caballero y muy español, sabe que España es grande y, por lo mismo, en su infinito mosaico cuenta con piezas que si hasta ahora han pasado casi desapercibidas, tienen el valor incalculable de componer el conjunto.

Ahí está Cadalso de los Vidrios, nombre con resonancias para un pueblo relevante. Partiendo de Madrid hemos recorrido 68 kilómetros. Con la imaginación me acompaña el

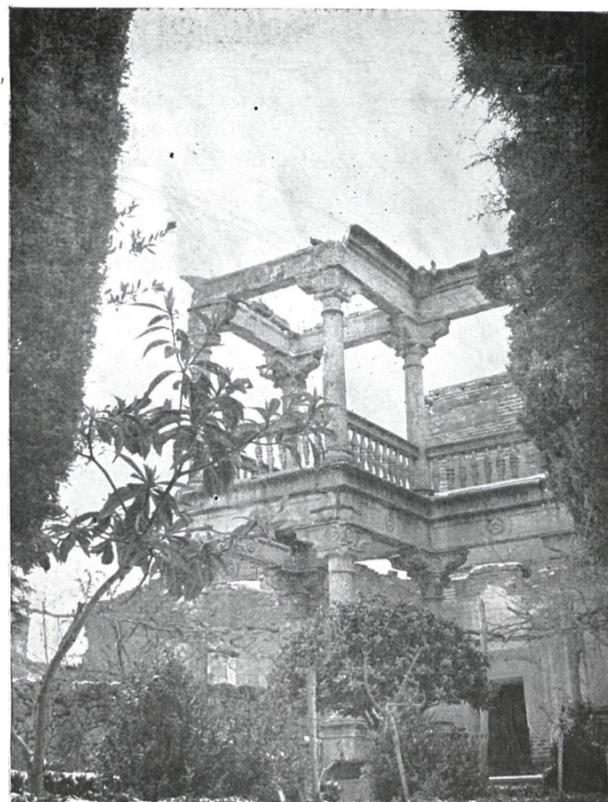


Asientos de piedras del palacio, cobijados por graciosas hornacinas.

ALAKEN MANDO ARRANCAR TODOS LOS VIÑEDOS



Desde una de las almenas del palacio se disfruta esta magnífica vista.



Las ruinas del palacio de Cadalso hablan de esplendorosos tiempos pasados.

maestro «Azorín», mi ilustre paisano, máximo catador de estas tierras de Castilla. ¿Qué diría, qué ha dicho «Azorín» de Cadalso de los Vidrios? Ante todo se hubiera situado en su altura más prominente para admirar la maravillosa vista que descubre buena parte de la provincia de Toledo. Manchas verdes ponen su nota de gigantesco estampado sobre el fondo ocre de las pardas tierras castellanas. Orientémonos: al Norte, tenemos San Martín de Valdeiglesias y Navahondilla; al Este, nuevamente con San Martín y Almoró; al Oeste, con Las Rozas de Puerto Real, y al Sur, con Cenicientos. Dos arroyos, Labros y Tórtolas, refrescan la vista. Terreno pedregoso y accidentado, en el que se adivina la buena caza. Cerca pasta el ganado. La Sierra de Cadalso, en cuyo risco, llamado de La Peña, levantaron los musulmanes un fuerte, otorga bravura al paisaje. Un silencio impresionante se hace protagonista del ambiente. De vez en cuando, el sonido tintineante de las esquilas rasga ese silencio que se va haciendo consustancial con nuestro espíritu. Sólo la prisa por bajar a Cadalso, verlo, adentrarnos en sus plazuelas y callejas, observar sus gentes, nos hace abandonar la atalaya. ¿Viene con nosotros, maestro?

Cielo, tierra y piedra. La mayor parte de las personas con que me cruzo en mi camino no llevan prisa. Parece ser que se recrean en su paso por las calles. Caminan sin prisa, pero sin pausa. Todos se conocen

y esto da cordialidad. Parecen orgullosos de haber nacido allí, a la sombra de un escudo cuartelado, con dos leones purpúreos en campo de plata y dos brazos de oro con espadas a sus lados. Por sus antepasados han conocido los restos de las murallas romanas, que les entroncan con el mejor esplendor de la dominación de los Césares. Son gentes sencillas y acogedoras, que se ganan el sustento en los dos magníficos hornos de vidrio que posee Cadalso, en la fábrica de harinas, en el aserrado de maderas y en la elaboración del vino. Son descendientes de los primitivos pobladores, iberos y celtíberos, que dejaron por herencia los llamados toros ibéricos de la Venta de Guisandos, que hacen su eterna guardia a 14 kilómetros de Cadalso, como guardando su propio significado: lugar fortificado. Quinto Flavio, vencedor, con malas artes, de la batalla de Talavera, utilizaba la Peña de Cadalso como observatorio, y Marco Flavio, que conquistó Toledo el año 193 a. de J. C., ya conocía el camino de Cadalso, famosa ya por entonces la calidad de sus viñedos, a cuyo producto se aficionaron los árabes a pesar de la prohibición coránica. Don Alvaro de Luna, prendado por la belleza del lugar, comienza en 1423 la construcción de un soberbio palacio, hoy día declarado con toda justicia monumento nacional. El historial de este palacio está entroncado con la historia de España. Enrique VI, a la muerte de su padre, Juan II, pasó en él largas temporadas

hasta que se enseñoreó del recinto con Juan Pacheco, Marqués de Villena. La Reina Isabel I también gustaba del palacio, que habitó en compañía de su hermano don Alfonso, pasando años más tarde a ser propietaria del mismo. Al casarse doña Isabel con el Infante don Manuel de Portugal, sus padres, los Reyes Católicos, le dan como dote el señorío de Cadalso y su palacio, el cual, a la muerte de los infantes, pasa otra vez a ser propiedad de la Casa Real. Luego, durante tres siglos, los Duques de Frías poseen hereditariamente este palacio hasta que, en 1875, lo vendieron y parcelaron su huerta a varios vecinos de Cadalso. En 1916 sufrió el palacio los efectos de un voraz incendio, en el que desaparecieron, consumidas por las llamas, incalculables riquezas. El Conde de Romanones adquirió restos de gran valor para su cigarral de Toledo.

La enorme personalidad de las ruinas del palacio, ahora propiedad del famoso escultor Juan Cristóbal, ayuda a evocar un pasado de inusitado esplendor. Construido en piedra, tuvo en principio una marcada tendencia románica, que después evolucionó hasta quedar plasmadas unas maravillosas fachadas renacentistas. Su jardín es una muestra exacta de los jardines españoles del siglo XVI. Cuatro esquinas circundan un estanque, con asientos de piedra cobijados por graciosas hornacinas. En su planta principal corre una galería que trae al recuerdo la dicha de la paz conventual. Columnas, miradores, terrazas y numerosos escudos y blasones hablan de un glorioso pasado de extraordinario sabor palaciego. Pasear por sus jardines, en el que crecen los álamos, enebros, castaños, encinas, nogales, tilos, boj, toda una flora verdaderamente regia, supone un descanso para el espíritu que reclama a voces el quedo toque de una campana que convoque a maitines o laudes.

Esa tranquilidad y riqueza del palacio de Cadalso de los Vidrios no es ajena a la Villa, sino que se identifica plenamente con ella, sin el menor atisbo de desentono. Han desaparecido las llamadas «mesas de los pobres», donde los Reyes y los grandes señores acostumbraban a servir la comida a los menesterosos en la señalada fecha del Jueves Santo, pero aún queda el sentido religioso y caritativo de los actuales señores de Cadalso, que aprendieron virtudes tan humanas. La evocación de esa costumbre me tienta la pluma, a quien daré rienda suelta en otra ocasión. El tema bien lo merece.

Ya se van sedimentando en mi espíritu las impresiones de esta visita a Cadalso de los Vidrios. El recuerdo es imborrable y muchas las emociones que se vienen a mí pidiendo un lugar de honor en todos mis sentidos, abiertos a la belleza de un lugar de la provincia de Madrid, que en tantos órdenes es capital.

JOSÉ LUIS QUINTANILLA

(Reportaje gráfico: Leal.)

Fragmento del recinto del palacio que da paso a las huertas y al estanque.



Fachada principal y puerta de entrada al histórico palacio de Cadalso.

